

La hora de las estrellas

Robert A. Heinlein



Conquistados los planetas del sistema solar, la humanidad se dispone a dar el paso más trascendental de su historia: la conquista de los mundos que gravitan en torno a otros astros. La hora de las estrellas ha sonado. Pero el viaje interestelar presenta terribles escollos. Al cubrir distancias de años-luz a velocidades aterradoras, las comunicaciones por radio se hacen casi imposibles, pues estas ondas también viajan a la velocidad de la luz. Hay que buscar otro medio, revolucionario, de comunicación, la telepatía. Dos hermanos gemelos, dos telépatas compenetrados, uno en la nave y otro en la Tierra, establecen la comunicación deseada, pues la transmisión del pensamiento es instantánea.

CAPÍTULO PRIMERO

LA FUNDACIÓN A LARGO PLAZO

Si hay que creer en las biografías, los hijos mimados del Destino suelen tener trazada su vida desde el principio. Napoleón ya pensaba en la manera de gobernar a Francia cuando no era más que un muchacho descalzo en Córcega; lo mismo podría decirse de Alejandro Magno, y Einstein balbuceaba ecuaciones en su cuna.

Puede ser que así sea. Por lo que a mí se refiere, me limité a ir avanzando a tropezones.

En un viejo libro que perteneció a mi bisabuelo Lucas vi una vez una caricatura de un hombre vestido de frac, de pie sobre un trampolín para saltos de esquí que, con expresión de perpleja incredulidad, decía: «¿Y cómo llegué hasta aquí arriba?».

Comprendo lo que sentía. Yo mismo, ¿cómo llegué hasta aquí arriba?

Ni siquiera fui el resultado de un plan. El cupo libre de impuestos para nuestra familia era de tres niños, y luego mi hermano Pat y yo llegamos en un gigantesco paquete económico. Fuimos una sorpresa para todos, especialmente para mis padres, para mis tres hermanas y para los inspectores de tasas. Yo no me acuerdo de haberme sorprendido, pero mi primer recuerdo es una sensación vaga de no haber sido bien recibido del todo, a pesar que tanto papá y mamá como Faith, Hope y Charity me trataron bien.

Quizá papá no se enfrentó bien con el problema. Muchas familias consiguen un cupo extra de niños a base del intercambio con otra familia, o de algún modo semejante, especialmente cuando el límite libre de impuestos ha sido ya cubierto con muchachos y con niñas. Pero papá no cambió de parecer, pues sostenía que la ley era anticonstitucional, injusta, discriminatoria, contraria a la moral pública y a la voluntad de Dios. Solía enumerar una lista de personajes importantes que eran los vástagos más jóvenes de familias numerosas, desde Benjamín Franklin hasta el primer gobernador de Plutón, y luego preguntaba adónde habría ido a parar la Humanidad sin ellos, después de lo cual mamá le hablaba, procurando calmarle.

Papá tenía probablemente razón, pues lo estudiaba casi todo, incluso su oficio, que era la micromecánica, pero especialmente la Historia. Quería llamarnos según sus dos héroes de la historia norteamericana, mientras que mamá nos quería llamar según sus dos artistas favoritos. Y fue por eso que yo acabé en Thomas Paine Leonardo da Vinci Bartlett, y mi hermano gemelo se convirtió en Patrick Henry Michelangelo Bartlett. Papá nos llamaba Tom y Pat, mamá nos llamaba Leo y Michel, y nuestras hermanas nos llamaban El Inútil y El Doble Inútil. Papá se salió con la suya a fuerza de tenacidad.

Papá era testarudo. Podía haber pagado el impuesto anual por cabeza de cada uno de nosotros, los supernumerarios, haber solicitado un piso para siete personas, y resignarse a lo inevitable. Luego hubiese podido pedir la reclasificación. Pero en vez de eso, cada año solicitaba exención para nosotros los gemelos, acababa siempre por pagar el impuesto por cabeza con un sello sobre su cheque que decía «Pagado bajo protesta», y los siete continuábamos viviendo en un piso para cinco personas. Mientras Pat y yo fuimos pequeños, dormíamos en el cuarto de baño, en cunas hechas en casa, lo cual no podía haber sido cómodo para nadie, y luego, cuando fuimos mayores, dormíamos en

el sofá del cuarto de estar, lo cual era incómodo para todo el mundo, especialmente para nuestras hermanas, que encontraban que esto era un obstáculo para su vida social.

Papá podía haberlo resuelto todo solicitando la emigración familiar a Marte o a Venus, o a una de las lunas de Júpiter, y así acostumbraba mencionarlo. Pero precisamente por esto, mamá era más testaruda que él. No sé qué parte del Gran Salto era el que le asustaba, pues no hacía sino cerrar la boca y no responder. Papá observaba que las familias numerosas tenían tratamiento de preferencia para la emigración, y que el impuesto por cabeza se destinaba al subsidio de las colonias fuera de la Tierra, y, ¿por qué no nos teníamos que beneficiar del dinero que se nos robaba? Eso sin hablar de conseguir que nuestros hijos creciesen en libertad y con espacio en que moverse, allá donde no había un burócrata tras cada trabajador productivo, soñando siempre en más reglas y restricciones. Contéstame a eso.

Mamá no contestó nunca, y nunca emigramos.

Siempre andábamos escasos de dinero. Dos bocas más, impuestos extras, y la falta de asistencia familiar para los dos de más, hacían que la ley de ingresos familiares estabulizados nos cayese tan mal como los trajes que mamá nos hacía con los viejos de papá. Era rara la vez que podíamos pedir comida como las demás gentes, e incluso papá nos traía a casa los restos de su almuerzo que no había comido. Mamá volvió a trabajar tan pronto como nosotros los gemelos estuvimos en la guardería infantil, pero el único robot doméstico que teníamos era un modelo anticuado *Auxiliar de la Madre*, marca «Morris Garage», que estaba siempre estropeando válvulas, y que casi se tardaba tanto en programar, como se hubiese tardado en hacer el trabajo mismo. Pat y yo trabajamos conocimiento con el agua de lavar los platos y los detergentes, o por lo menos yo; Pat generalmente insistía en hacer la esterilización, o tenía un dedo lastimado, o le ocurría algo.

Papá acostumbraba hablar de los beneficios intangibles de ser pobre: acostumbrarse a arreglárselas por sí solos, la formación del carácter y todo lo demás. Cuando fui lo bastante mayor para comprenderlo, era también lo bastante mayor para desear que aquellos beneficios no fuesen tan intangibles, pero pensándolo bien, quizá sí tenía algo de razón. Nos divertíamos. Pat y yo criábamos *hámsters* en la unidad de servicio, y mamá no protestaba nunca. Cuando convertimos el baño en un laboratorio químico, las chicas hicieron comentarios poco amistosos, pero cuando papá intervino se calmaron, y desde entonces colgaron su ropa lavada en otra parte; y más tarde mamá se interpuso entre nosotros y el gerente de la casa cuando una vez echamos ácido por el sumidero y las tuberías no ganaron nada con ello.

Recuerdo que la única vez que mi madre se puso firme fue cuando su hermano, el tío Steve, volvió de Marte y nos regaló algunos gusanos de canal que teníamos la intención de criar y de revender con beneficios. Pero cuando papá pisó a uno en la ducha (no habíamos discutido nuestros planes con él), mamá hizo que se los regalásemos al Zoológico, salvo aquel que papá había pisado, y que había quedado inútil. Poco después de aquello nos escapamos de casa para alistarnos en los Marineros de Altura —el tío Steve era un sargento de balística— y cuando no nos sirvieron las mentiras sobre nuestra edad y nos recogieron de vuelta, mamá no solamente no nos reprendió, sino que había estado dando de comer a nuestros gusanos de seda y nuestras serpientes durante nuestra ausencia.

Pues sí, supongo que éramos felices. Entonces resultaba difícil darse cuenta de ello. Pat y yo estábamos muy unidos, y todo lo hacíamos juntos, pero quiero aclarar una cosa: eso de ser un gemelo no es un sueño de Damón y Pitias, como quieren hacer creer los escritores sentimentales. Haber nacido con otra persona hace que uno se sienta cercano a ella, lo mismo que el compartir una habitación, co-

mer con ella, jugar con ella, y casi nunca hacer nada sin ella desde tanto tiempo atrás como se pueda recordar, y aún más según algunos testigos. Hace que se sienta afinidad, hace que una sea casi indispensable para la otra, pero no hace que necesariamente se la quiera.

Deseo dejar esto bien sentado, porque desde que los gemelos se han hecho repentinamente importantes, se han dicho muchas tonterías. Yo soy yo; no soy mi hermano Pat. Yo siempre podía distinguirmos, incluso si los demás no lo conseguían. Él es el que usa la mano derecha; yo soy el zurdo. Y según me parece a mí, yo soy aquel a quien le tocaba la parte más pequeña del postre.

Y puedo recordar ocasiones en que él se quedaba con las dos partes, gracias a alguna artimaña. No es que hable en términos generales, sino que pienso en cierto pastel blanco cubierto de chocolate, y en la forma como se las arregló para hacerse con mi pedazo, además del suyo; mamá y papá se figuraron que él era nosotros dos, a pesar de mis protestas. Y los postres pueden ser el punto más interesante del día, cuando se tiene ocho años, que eran los que teníamos entonces.

No es que me queje de esas cosas..., si bien incluso ahora, después de tantos años y tantos kilómetros, siento un nudo de rabia en la garganta, cuando recuerdo que me castigaron porque papá y mamá se figuraron que era precisamente yo quien trataba de hacerme con los dos postres. Lo que estoy tratando de hacer es decir la verdad. El doctor Devereaux me dijo que lo escribiese todo, y tengo que empezar por lo que se siente cuando se es uno de dos gemelos. ¿Usted no es un gemelo, verdad? Quizá sí lo sea, pero las probabilidades son de cuarenta y cuatro a uno en contra; ni tan sólo un gemelo fraternal, mientras que Pat y yo éramos gemelos idénticos, lo cual es cuatro veces más improbable.

Se dice que uno de los gemelos siempre es atrasado, pero yo no lo creo así. Pat y yo fuimos siempre tan seme-

jantes como dos gotas de agua. Las pocas veces en que nos diferenciamos en algo era yo unos cuantos milímetros más alto, o unas libras más pesado, pero en seguida nos volvíamos a igualar. En la escuela teníamos notas semejantes, y nos salieron los dientes al mismo tiempo. Lo que sí tenía él, era más rapacidad. Pero era algo tan sutil que no se puede definir, y los demás no se podían dar cuenta. Por lo que recuerdo, comenzó por nada y terminó en un estado de cosas que ninguno de nosotros dos hubiese modificado, aunque lo hubiese deseado.

Quizá si la enfermera me hubiese tomado a mí primero, cuando nacimos, hubiese sido yo quien se hubiese llevado la parte mayor del pastel. O quizá me tomó el primero; lo que es yo, no sé cómo fue.

Pero no creo que ser un gemelo sea del todo malo, incluso si uno es el menos favorecido; suele ser bueno. Entrás en un grupo de extraños y te sientes asustado y tímido..., y allá está tu gemelo a medio metro de ti, y ya no te sientes solo. O bien alguien te da un puñetazo en la boca y mientras estás *groggy* tu gemelo le ha dado a él y ganas la pelea. O bien haces el ridículo en un problema, y como tu gemelo ha hecho lo mismo, ya no estás solo.

Pero no se figuren ustedes que ser gemelos es algo así como tener un amigo muy íntimo y leal. No es nada así, y al mismo tiempo es algo mucho más próximo.

Pat y yo entramos en relación con la Fundación a Largo Plazo cuando el señor Geeking se presentó en nuestra casa. A mí no me cayó bien. A papá tampoco le gustó, pero cuando quiso echarle estaba ya sentado frente a una taza de café, pues las ideas de hospitalidad de mamá eran firmes.

Así fue que se permitió a Geeking exponer el objeto de su visita: era, según dijo, un representante de «Investigaciones Genéticas».

—¿Y eso qué es? —preguntó papá, ásperamente.

—«Investigaciones Genéticas» es una agencia científica, señor Bartlett. El proyecto presente consiste en recoger datos referentes a gemelos. Es en interés del público, y confiamos en que usted cooperará.

Papá aspiró profundamente y se sacó de la manga la perorata que siempre tenía a punto.

—¡Más interferencia gubernativa! Yo soy un ciudadano decente; pago mis impuestos y mantengo a mi familia. Mis chicos son precisamente lo mismo que los demás chicos, y estoy harto del interés del Gobierno por ellos. No voy a permitir que los hurguen y los investiguen para satisfacer a un burócrata cualquiera. No pedimos más sino que nos dejen en paz, y que el Gobierno admita el hecho evidente que mis muchachos tienen tanto derecho como el que más a respirar aire y a ocupar espacio.

Papá no era estúpido; se trataba solamente que en lo referente a Pat y a mí, tenía una reacción tan automática como el gruñido de un perro apaleado. El señor Geeking trató de calmarle, pero cuando papá se lanzaba por aquel camino, no había manera de interrumpirle.

—Dígale usted al Departamento para el Control de la Población que no acepto sus «investigaciones genéticas». ¿Qué es lo que quieren encontrar? Probablemente la manera de impedir que la gente tenga gemelos. ¿Y qué hay de malo en los gemelos? ¿Qué hubiese sido de Roma sin Rómulo y Remo? ¡Contéstame a eso! Señor mío, ¿sabe usted cuántos...?

—Por favor, señor Bartlett, yo no vengo de parte del Gobierno.

—¿Cómo? ¿Por qué no lo dijo? ¿De parte de quién viene?

—Investigaciones Genéticas es una agencia de la Fundación a Largo Plazo.

Percibí el interés repentino despertado en Pat. Todo el mundo ha oído hablar de la Fundación a Largo Plazo, pero daba la casualidad que Pat y yo acabábamos de redactar

un tema de examen sobre las empresas exentas de beneficios, y habíamos utilizado la Fundación a Largo Plazo como ejemplo típico.

Nos interesaron los objetivos de la Fundación a Largo Plazo. Su emblema dice: «Semilla Sembrada al Viento», y sus estatutos están encabezados por estas palabras: «Dedicados al Bienestar de Nuestros Descendientes». Luego los estatutos se extienden en una especie de niebla legal, pero la forma en que los directores la han interpretado ha consistido en invertir dinero solamente en cosas que ninguna otra corporación querría abordar. No era bastante que un proyecto determinado fuese de interés científico o social, sino que al mismo tiempo tenía que ser tan terriblemente caro, que nadie más se atreviese a tocarlo, y sus posibles resultados deberían estar tan distantes en el futuro que no pudiesen ser justificados ante los contribuyentes o ante los accionistas. Para que los directores de la FLP se entusiasmasen era preciso proponer algo que costase mil millones o más y que probablemente no diese resultados hasta al cabo de diez generaciones por lo menos...; algo semejante al control del tiempo meteorológico (están trabajando en ello), o adónde va a parar el regazo cuando uno se levanta.

Lo divertido del caso es que la semilla sembrada al viento produce el setecientos por ciento; los proyectos más absurdos han producido a la FLP embarazosas cantidades de dinero; es decir, «embarzosas» para una sociedad que no debe producir beneficios. Tomemos los viajes espaciales; hace unos doscientos años, parecía algo a propósito para la FLP, puesto que era fantásticamente caro y no ofrecía resultados probables comparables a la inversión. Hubo una época en que los gobiernos realizaron algunos trabajos sobre ello por razones militares, pero la Conferencia de Bayreuth de 1980 puso fin incluso a aquello.

Y así fue como la Fundación a Largo Plazo intervino y empezó alegremente a gastar dinero. Se presentó en un

momento en que la Fundación había ganado unos cuantos miles de millones con el convertidor de masa de Thompson cuando habían esperado emplear por lo menos un siglo en investigación pura, puesto que no podían declarar un dividendo (no había accionistas), tenían que gastar el dinero de un modo u otro, y los viajes espaciales parecieron un pozo adecuado donde verterlo.

Hasta los niños saben lo que ocurrió con eso; la linterna de Ortega hizo económico, rápido y fácil viajar por el interior del Sistema Solar y la pantalla de energía de dirección única hizo la colonización práctica y provechosa; la FLP no podía gastar con bastante rapidez para evitar hacer mucho más dinero.

No pensé todo eso, aquella tarde; la FLP no era sino algo sobre lo que Pat y yo daba la casualidad que sabíamos más que la mayor parte de los mayores de la Universidad...; más de lo que sabía papá, por lo visto, puesto que dio un bufido y contestó:

—¿La Fundación a Largo Plazo, verdad? Casi hubiese preferido que fuese usted del Gobierno. Si pusiesen los impuestos que merecen a las idioteces de esa especie, el Gobierno no estaría estrujando impuestos por cabeza a sus ciudadanos.

Esta afirmación no era justa, no era una «relación de curva plana», según la llaman en los Principios de Empirismo Matemático. El señor McKeefe nos había dicho que calcularíamos la influencia, si es que la había, de la FLP sobre la curva de crecimiento, en «forma de levadura», de la tecnología; y, o bien yo debía haber perdido el curso, o la FLP había evitado que la curva se aplanase al principio del siglo XXI —quiero decir que, la «herencia cultural», la acumulación de conocimientos y de riqueza que nos aparta del salvajismo, había aumentado considerablemente debido a que las sociedades de aquel tipo se hallaban exentas de impuestos—. No es que esa opinión la hubiese soñado,

pues había números que lo probaban. ¿Qué hubiese sucedido si los ancianos de la tribu hubiesen obligado a Ugh a cazar con el resto de la tribu en lugar de quedarse en casa desbastando la primera rueda mientras la idea aún estaba fresca en su mente?

El señor Geeking respondió:

—No puedo discutir los méritos de tales cuestiones, señor Bartlett. No soy más que un empleado.

—Y yo pago su salario. De un modo indirecto y contra mi voluntad, pero no obstante lo pago.

Yo quería intervenir en la discusión, pero notaba que Pat se contenía. No importaba; el señor Geeking se encogió de hombros y dijo:

—Si es así, se lo agradezco. Pero no vine aquí sino para pedir a sus dos gemelos que se sometiesen a algunos ensayos y que respondiesen algunas preguntas. Los ensayos son inofensivos y los resultados serán considerados confidenciales.

—¿Y qué confían ustedes en descubrir?

Creo que el señor Geeking dijo la verdad cuando respondió:

—No lo sé; no soy sino un agente sobre el terreno: no estoy al frente del proyecto.

Pat intervino:

—No sé por qué no, papá. ¿Lleva usted los ensayos en su cartera, señor Geeking?

—Pero, Patrick...

—Está bien, papá. Veamos los ensayos, señor Geeking.

—Oh, no era eso lo que teníamos pensado. El Proyecto ha instalado oficinas locales en el Edificio Translunar. Los ensayos requieren aproximadamente medio día.

—Nada menos que en la ciudad, verdad, y medio día de nuestro tiempo...; ¿qué pagan?

—¿Cómo? Pedimos a los sujetos que contribuyan gratuitamente, en interés de la ciencia.

Pat meneó la cabeza.

—Lo sentimos, señor Geeking. Esta es semana de exámenes..., y además mi hermano y yo tenemos trabajos accidentales en la escuela.

Yo no dije nada. Nuestros exámenes habían terminado, salvo el de Análisis Histórico, que es un breve curso, en el que no entran las matemáticas, sino estadísticas y cálculo seudoespacial, y el laboratorio de química en que trabajábamos en la escuela estaba cerrado por exámenes. Estaba seguro que papá no sabía todo eso, o hubiese intervenido; papá es capaz de pasar del prejuicio a ser un juez romano a la más mínima insinuación.

Pat se levantó, de modo que yo también me levanté. El señor Geeking permaneció sentado.

—Es posible entenderse —dijo sin alterarse.

Pat consiguió sacarle por una tarde de trabajo lo mismo que ganábamos lavando botellas en el laboratorio durante un mes y luego dobló la cantidad cuando se aclaró que tendríamos necesariamente que pasar nuestras pruebas juntos (¡como si lo hubiéramos podido hacer de otra manera!). El señor Geeking pagó, sin alterarse, en efectivo y por adelantado.

CAPÍTULO II

EL LOGARITMO NATURAL DE DOS

En mi vida había visto tantos gemelos como los que esperaban en el piso cuarenta del Edificio Translunar, el miércoles siguiente por la tarde. No me gusta estar junto a gemelos; me hacen pensar que veo doble. Y no se me acuse de inconsecuente: yo no puedo ver a unos gemelos de los que formo parte. Yo solamente veía a Pat.

A Pat le pasaba lo mismo; nunca habíamos sido grandes amigos de otros gemelos. Se mostró zumbón y dijo:

—Tom, ¿has visto alguna otra vez un enredo semejante de piezas de recambio?

—Nunca.

—Si dependiese de mí, fusilaría a la mitad. —No había hablado lo suficientemente alto para ofender a nadie; Pat y yo gastábamos un susurro de patio de prisión que nadie más podía oír, si bien nosotros nunca teníamos dificultad en entenderlo—. Deprimente, ¿verdad?

De pronto dio un suave silbido, y miré en la dirección en que él estaba mirando. Gemelos, naturalmente, pero ahí se trataba de uno de esos casos donde, si uno está bien, dos están mejor. Eran unas hermanas pelirrojas, más jóvenes que nosotros, pero no demasiado jóvenes —quizá unos dieciséis años— y elegantes como gatos persas.

Aquellas hermanas nos hicieron el mismo efecto que la luz a las mariposas. Pat murmuró:

—Tom, tenemos la obligación de concederles un poco de nuestro tiempo —y se dirigió hacia ellas, seguido por mí. Iban vestidas de escocesas de guardarropía, con una tela verde que hacía que sus cabellos ardiesen como hogueras, y a nosotros nos parecieron tan bonitas como la nieve recién caída.

Y precisamente tan frías. Pat llegó a mitad de su discurso de apertura, y se calló; las muchachas le miraban sin verle. Yo me estaba ruborizando, y lo único que impidió que aquello se convirtiese en un incidente más que embarazoso fue que un altavoz había comenzado a bramar:

—¡Atención, por favor! Les rogamos que se presenten a la puerta marcada con la inicial de su apellido. —De modo que fuimos a la puerta A - D y las hermanas pelirrojas se dirigieron hacia el otro extremo del alfabeto sin ni tan siquiera hacernos caso. Mientras hacíamos cola, Pat murmuró:

—¿Es que tengo algo en la cara o es que han jurado quedarse solteras?

—Ambas cosas, probablemente —respondí—. En todo caso, me gustan las rubias. —Eso era cierto, puesto que Maudie era una rubia. Pat y yo habíamos estado saliendo con Maudie Kauric desde hacía un año; podría decir que era cosa seria, si bien en mi caso generalmente quería decir que tenía que cargar con Hedda Staley, cuya idea de la conversación deslumbradora consistía en preguntarme si no creía que Maudie era lo más delicioso que nunca había visto. Puesto que eso era cierto y no tenía objeción que hacer, nuestra conversación no brillaba excesivamente.

—Pues bien, lo mismo me ocurre a mí —sin aclarar de qué rubia se trataba, puesto que Maudie era el único asunto sobre el cual nos mostrábamos reticentes el uno con el otro—. Pero no tengo un criterio cerrado. —Se encogió de hombros y añadió alegremente—: En todo caso, hay otras posibilidades.

Evidentemente, esto era así, pues de los centenares de gemelos presentes quizá un tercio era lo bastante próximo